

Noticias del excepcionalismo débil: signos autoritarios en la revolución bolivariana

News of weak exceptionalism: authoritarian signs in the Bolivarian revolution

Juan Cristóbal Castro
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Resumen

Hasta ahora, la lectura por parte de muchos escritores e intelectuales críticos del capitalismo sobre la revolución venezolana se ha concentrado en los últimos años del proceso, destacando la figura de Nicolás Maduro. Sin embargo, durante los primeros años del gobierno de Hugo Chávez hubo claros signos de su avance autocrático. El siguiente trabajo se aproxima a algunos de estos elementos para dilucidar la forma de excepcionalismo que hubo, considerando a su vez las líneas intelectuales que apoyaron por un tiempo esta modalidad de toma de poder decisionista.

Palabras claves: revolución, excepcionalismo, autoritarismo, Venezuela.

Abstract

Until now, the reading by critical writers and intellectuals of capitalism about the Venezuelan revolution has focused on the last years of the process, highlighting the figure of Nicolás Maduro. However, during the first years of Hugo Chávez's government there were clear signs of his autocratic advance. The following work approaches some of these elements to elucidate the form of exceptionalism that existed, considering at the same time the intellectual lines that supported this modality of decision-making power for a time.

Keywords: revolution, exceptionalism, authoritarianism, Venezuela.

Chávez retomó, haciendo de ello una maciza realidad, eso que ya se había vuelto una suerte de mito, la herencia de Castro y del Che.

G. Vattimo

Ahí está posando, en una barriada de Caracas. Se encuentra ligero, con los lentes sobre el cuello, abrazando un grupo de líderes comunitarios. No preciso la fecha ahora. Puede ser 2014 o antes. Es uno de los viajes que realizó el conocido filósofo del “pensamiento débil” durante el Gobierno de ese entonces, quien se unía a muchos otros *fellow travelers* que vinieron a Venezuela, fascinados por el cambio, perpetuando una tradición que vimos con Jean Paul Sartre o Waldo Frank en Cuba. Mucho antes Gianni Vattimo se había pronunciado en su respaldo al presidente Hugo Chávez y el movimiento que lideraba, un compromiso ideológico y afectivo que siguió después, al mismo tiempo que se incrementaba su crítica a las nuevas formas de fascismo que surgían con Donald Trump o el italiano Matteo Salvini. Quizás vale la pena recordar esta anécdota para hacer una revisión a grandes rasgos de lo que obviaron diferentes tendencias intelectuales que buscaron una alternativa, distin-

ta al consenso de Washington, los primeros años del proceso revolucionario venezolano.

Quisiera partir con la noción de “debilidad” como un guiño al ojo a la propuesta del intelectual italiano durante su fama posmoderna, pero para trabajar ahora un elemento distinto. Hablo de una modalidad de toma de poder que se dio durante el proceso bolivariano, valiéndose de las instituciones para, desde dentro, socavarlas; una transformación radical en sus presupuestos e intenciones, pero débil en su manera gradual y en apariencia instituyente de proceder, donde hubo fisuras, pluralidades y distanciamientos, pero no lo suficientemente sólidos para evitar la imposición autocrática¹. Hablo de un proceso que coincidió con las reflexiones sobre el “excepcionalismo” que proveyeron varios teóricos de estas últimas décadas y que siguieron en la práctica otros líderes neopopulistas latinoamericanos, como Rafael Correa, Cristina Kirchner, o, de manera más radical, Daniel Ortega.

Ahora que con las experiencias de Jair Bolsonaro, Donald Trump y el auge de las derechas autoritarias en Europa, se ha revivido la discusión sobre ciertas prácticas neofascistas, es bueno volver al

experimento venezolano y detectar algunos elementos que estas corrientes no quisieron ver en su momento. Por “excepcionalismo” me refiero, grosso modo, a cierto grado de suspensión de la operatividad del derecho con propósitos suprapolíticos. En las líneas que me interesa considerar, estarían quienes, por un lado, revisaron ciertos postulados de las doctrinas del constitucionalista alemán Carl Schmitt; y, por otro, quienes siguieron pulsiones de presupuestos revolucionarios del mismo V. Lenin y sobre todo de Georges Sorel.

Hablo de lecturas críticas, laterales y heterogéneas, que, sin embargo, reintrodujeron estos elementos, obviando cierta tradición patrimonialista del Estado y el líder en América Latina, que en sí imponían un voluntarismo personalista que contribuía a lo anterior. Aludo a los trabajos de Anthony Negri con su proyecto constitucionalista y su idea de multitud, y a Ernesto Laclau y su conceptualización del populismo con su propuesta de crear una nueva hegemonía. Se inscriben dentro de una de las obsesiones del pensamiento teórico reciente que viene pensando la práctica decisionista que va desde los trabajos de Jacques Derrida, pasando por las reflexiones del estado de excepción de Giorgio Agamben, sin obviar los recientes análisis de Roberto Esposito sobre las instancias instituyentes para pensar una nueva institucionalidad.

Sin embargo, tanto Laclau como Negri se diferencian de estos acercamientos al intentar llevar a la práctica política sus ideas, buscando un cambio de poder. Lo curioso es que, pese a ser pensadores posfundacionales, en su manera de entender la práctica política comulgaron por un tiempo con gobiernos que sostuvieron visiones completamente trascendentales, *arque-políticas*, lo que evidencia dos limitaciones². Por un lado, un enfoque que privilegia lo global, por su mirada geopolítica (bien sea universal o latinoamericana) por encima de los *hábitus* nacionales; por otro, una actitud que pudiera ser considerada como algo cínica en su afán de comulgar con propuestas que en su momento dinamitaron los proyectos de las democracias republicanas de corte moderno. Por eso en algunos años de su itinerario activista, ambos coincidieron en apoyar el proceso de cambio que sucedió en Venezuela, tal como lo hizo también nuestro filósofo posmoderno italiano Gianni Vattimo. Para entender esto, sugiero hacer una revisión del proceso de transformación venezolano desde su modalidad de excepcionalismo débil y ver lo que justificaron y

avalanaron estos pensadores. Me concentro en algunos signos reveladores que se dieron en sus inicios.

Excepcionalismos por venir

En los años recientes se viene hablando de cómo Nicolás Maduro en la era pos-Chávez ha desarrollado una suerte de estado de excepción con la nueva constituyente, hecho que ha propiciado los asesinatos a civiles, las detenciones y torturas a críticos, las inhabilitaciones a opositores políticos, las censuras a medios de comunicación incómodos, por no hablar de la misma migración³. Sin embargo, no podemos entender este avance autoritario, que sobrepasa en efecto a las prácticas anteriores, sin aceptar que es parte de un proceso que venía dándose antes. De ahí que valga la pena detenerse en algunos aspectos del discurso de toma de posesión de Hugo Chávez cuando ganó las elecciones de 1998 para captar el cambio.

El primer gran gesto llamativo fue lo que Carole Leal Curiel en su trabajo “La transmisión del poder” evidenció en el mismo acto de juramentación de toma de posesión presidencial ante el Congreso de la República. En vez de contestar afirmativamente ante el juramento de la constitución que lo llevó a ganar la elección presidencial, evocó sus compromisos ante la conjura del 4 de febrero de 1983, fecha en la que se dio su intento fallido de golpe de Estado, y recordó el acto de Bolívar ante el Monte Sacro. Decretó, sin razón legítima, el carácter moribundo del pacto constitucional vigente, y así produjo “un quiebre en la convención jurídico-lingüística instituida”, violando una tradición de la democracia venezolana que, para sorpresa de la historiadora, se validó sin mayor problema por el público presente, algo que en otro país hubiese sido reprendido de distintas formas (Leal, 2021, p.52).

El acto performático de juramentación volvió inoperativo el texto constitucional, para imponer sobre ella otro tipo de jura: la del mismo proyecto bolivariano y la de la conjura revolucionaria del nuevo líder. Acto de traslación que, a su vez, era un acto de restitución de las fuentes de la autoridad bolivariana.

Pero en esa alocución se dieron otros elementos relevantes. El discurso comienza con una cita del Libertador, que será repetida varias veces en su intervención: “Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando convoca a la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta”, dice (Chávez, 2004, párr.2). La jura inicial,

junto con esta referencia, busca restituir una idea de soberanía que se remonta al proyecto inicial bolivariano, pero además resalta la “voluntad absoluta” del mismo. Ahí está su fuerza, en términos derridianos, de ley⁴. Hablamos del héroe del Congreso de Angostura de 1819, el de la tercera Gran República y el de la Gran Colombia; también el de la figura fantasmal, atemporal y ontológica de la famosa cita de Pablo Neruda que tiene el poder de resucitar cada 100 años, sin obviar las referencias que hace del no menos importante José Martí.

El nuevo presidente enfatiza en tono solemne su gesto fundacional, que a su vez busca, repito, restituir el pasado perdido por la decadencia actual. Señala que se está ante una época nueva, ante una nueva existencia nacional. El pasado para él ha cumplido las teorías de las catástrofes: la primera “crisis ética” se da en 1975, que tilda como un cáncer que hay que curar; y la segunda crisis es la del “viernes negro”, que llevó al Caracazo y a la rebelión.

Detrás de ello, está obviamente la intención de legitimar así la acción insurgente que lo llevó al intento fallido del golpe de Estado contra el presidente electo Carlos Andrés Pérez en 1992. Si uno sigue su discurso, sus gestos o poses, ve cómo, además del uso de la teoría de las crisis nacionales, está la constante sobredramatización de la situación presente, hecho que le sirve para justificar también sus acciones futuras. Habla de estar en una especie de fosa humana, de sufrir como pueblo un estado de decadencia. Esgrime, entre otras cosas, que Venezuela tenía un ochenta por ciento de pobreza, cifra que varios investigadores han demostrado que era falsa o al menos inexacta, pero que necesitaba exagerar a fines de sus efectos hiperbólicos, de su necesidad de justificar su lugar de cambio y excepción⁵.

Tomemos en cuenta que estamos en un plano discursivo, de imaginarios, donde los hechos no son tan relevantes, sino más bien lo que haces con las palabras y sus creencias, algo que nos recuerda por cierto las reflexiones posmetafísicas de Ernesto Laclau, quien rescata la idea de discurso, retórica, narrativa y mito en la política. Ello le servía a Chávez para imponer su nuevo orden, introduciendo claramente un lenguaje mesiánico:

Estamos al borde de un sepulcro; pero como los pueblos no pueden morir porque los pueblos son la expresión de Dios, porque los pueblos son la voz de Dios, resulta queridos compatriotas que felizmente, por encima y más allá de

toda esta catástrofe inmensa, hoy en Venezuela estamos presenciando, estamos sintiendo, estamos viviendo una verdadera resurrección. Sí, en Venezuela se respiran vientos de resurrección, estamos saliendo de la tumba, y yo llamo a que unamos lo mejor de nuestras voluntades porque es el momento de salir de la tumba. Eso no tiene otro nombre que una REVOLUCIÓN (Chávez, 2004, párr.20)

Aquí aparece el término “revolución” que es fundamental para entender su apuesta. Veamos esto en detalle. En el pasaje aparece junto a una topología significativa en el que se mezclan lenguajes cristianos con republicanos y en donde se establece una relación entre “pueblo” y “Dios”, así como entre historia nacional y mesianismo universal. Se le vincula además con la idea de resurrección, cuando Cristo regresa de la muerte para propagar su mensaje. De igual modo la idea de lo nuevo como corte *tábula rasa*, que es lo hace de manera radical contra el proyecto de Puntofijo, se materializa dentro del marco metafórico que exhibe bajo la figura de un sepulcro. Desde esos horizontes se enmarca su valor fundacional, su pretensión de transformación total.

En el mismo discurso se usa siete veces la palabra revolución. La vemos como un proceso sin términos claros, que debe dársele cause. De igual manera, si bien insiste que es algo que se clama en las calles, lo que evidencia es que todavía guarda un valor inasible que debe articularse, dirigirse y sobre todo (y aquí vemos una dimensión totalizadora) asumirse en varios ámbitos: en lo económico, en lo social, en lo político y en lo ético. Por último estaría el faro o guía que sería, por cierto, el mismo Bolívar, de manera que debe vincularse al proyecto bolivariano, a su valor trascendental. Y por supuesto quien media entre la referencia de Bolívar y el pueblo, sería el mismo Chávez, su persona, que es el líder que llevará el acontecimiento a su destino realizable. Hablamos entonces ya no de un mero fenómeno con demandas precisas, sino más bien de un evento que debe encausarse bajo un principio de regeneración, que abarca además todos los ámbitos del ser humano, y donde la figura presidencial deja de ser tal, para convertirse en algo más relevante: el mediador por excelencia entre la realidad y el más allá. En otras alocuciones e intervenciones suyas posteriores se revestirá todavía más de esta poderosa carga simbólica, mítica, tal como vemos en la cita extraída, para suprimirle su valor de acaecimiento, y darle más bien un desti-

no causal con una connotación supra-histórica. Como bien ha evidenciado el reconocido politólogo Juan Carlos Rey, es un concepto clave para entender su excepcionalismo. Tal como dio muestra Chávez en el acto de juramentación, se trataría de un fundamento que estaría por encima del orden constitucional⁶. Es su *arhké*.

En ese sentido, según Rey (2017):

para Chávez la constitución no consistía en un conjunto de normas impersonales relativamente fijas, sino que significaba la instauración de una ‘Revolución permanente’, tal como él la concibe y la va diseñando como personaje carismático que ‘representa’, o mejor ‘encarna’ al pueblo. (Rey, 2017, p. 39)

Ese principio de encarnación, que a su vez lo vincula en una relación directa con el legado bolivariano, bajo varias estrategias retóricas y simbólicas dejará de constituir “el conjunto de todos los ciudadanos en los que se supone que reside la soberanía” para representar “aquellos que reconocen y aceptan el liderazgo de Chávez, que constituyen –o que se espera que constituirán, más temprano que tarde– la mayoría” (Rey, 2017, p.39).

Ello era, por decirlo así, su metarrelato, su *telos* mítico con propósitos instrumentales: definir él mismo lo que era lo soberano o no. No por casualidad sus palabras terminaron transcritas, como vemos en el texto citado, en mayúscula, con lo cual no solo se pretendía modelar el acento de su pronunciación inicial, sino evidenciar, además, su fuerza significativa.

Esto es muy relevante. En *El libro Azul* (2007) de Chávez, si bien pareciera incorporar algunos elementos del republicanismo clásico de Bolívar, no dejaba de expresar un componente voluntarista al asumir de forma muy libre el “inventamos o erramos” de Simón Rodríguez, que le permitirá una licencia performática y personalista, por decirlo de alguna manera, para salirse de los cánones de la ley y seguir en un proceso de cambio constante.

Aquí me detengo brevemente en la teoría de Ernesto Laclau, que venía desarrollando primero en el trabajo publicado junto con su pareja Chantal Mouffet, en *Hegemonía y estrategia socialista* (2002), y luego más claramente en el reconocido libro *La razón populista* (2005), sin desmerecer sus declaraciones públicas. No es difícil entender su respaldo al nuevo presidente venezolano, pues desde su propuesta se justifica perfectamente esta opera-

ción con algunas ideas claves de su pensamiento. La revolución permanente, que en el contexto venezolano está ligada por cierto al historicismo bolivariano, sirve con propósitos populistas en tanto que funciona como un mito que ensambla constantemente múltiples demandas particulares y eso mantiene viva su agenda transformadora⁷. Esto sabemos que es un aporte del pensador argentino. En su reflexión sobre George Sorel, rescata, por ejemplo, la fuerza mitológica en el campo de lo social, porque la particularidad concreta que tiene “es el medio de representación para algo que trasciende” (Laclau, 1998, p.96). Si bien ello genera, según el teórico, una escisión entre lo concreto y lo universal, pues no se logra llenar la aspiración general por la imagen específica, contingente y singular que provee el referente mitológico, esta escisión no es un dilema. Por el contrario, es ventajosa, porque su vacío moviliza a la sociedad para llenarlo con nuevos contenidos. Es una “ilusión retrospectiva que es sustituida por objetos parciales que encarnan esa totalidad imposible” (Laclau, 2012, p.45). Y gracias a esta incompletitud que genera, logra despertar el deseo reiterativo de cambio.

Desde ahí se explica entonces el trabajo performativo del líder venezolano, pues el ideario que quiere rescatar es algo que debe realizar constantemente él mismo. Un anhelo que lo mantuvo en un obrar continuo: elecciones, marchas, discursos, alocuciones, disputas, presencia mediática, intervención sobre símbolos populares y nacionales. Así se logra dar su toma de poder “débil”.

En esta alocución frente al Congreso que vengo comentando se dio evidencias de esta máquina de narrar, que caracterizará su estilo, insertando constantemente dentro del “proyecto emancipador bolivariano” distintos actores, figuras y por supuesto enemigos. Al ser Chávez el agente que provee el relato fundacional, cuyo vacío o escisión mítica lo mueve para despertar la fantasía de llenarlo con su propio voluntarismo, desplaza la fuerza legitimadora de la institucionalidad reinante y la inscribe ahora en su propio cuerpo simbólico como figura que lleva a cabo el verdadero proyecto originario, en construcción permanente. Doble movimiento: al mismo tiempo que desarma la fuerza de ley y el poder de representación de las instituciones, la rearma en su propio cuerpo simbólico, siempre movilizado.

Bolívar leninista y militar

Por otro lado, es bueno recordar otro elemento que tiene que ver con el bolivarianismo que viene rescatando Chávez en su discurso. Muchas de las referencias que tuvo en su momento, tal como lo han demostrado investigadores como Alberto Garrido o Guillermo T. Aveledo, están permeadas por unas de las operaciones discursivas más astutas que realizó la izquierda insurreccional venezolana después del fracaso de las guerrillas⁸. Si revisamos algunas intervenciones del excombatiente Douglas Bravo, el texto de Pedro Duno *Marxismo-leninismo-Bolivariano* (1969) y *Bolívar y la guerra revolucionaria* (1969) de J.R. Núñez Tenorio, encontraremos relaciones heterogéneas del excepcionalismo revolucionario leninista con el credo del padre de la patria. De hecho, algunos de ellos indicaron que tuvo siempre un propósito bien instrumental: penetrar el Ejército venezolano⁹; en este sentido es posible advertir también el giro que vendrá después con el socialismo del siglo XXI.

Otro texto que leerá en la cárcel y que cita en su alocución es el de Miguel Acosta Saignes *Bolívar: acción y utopía del hombre de las dificultades* (1983), en donde termina de consolidar la operación de un Bolívar marxista, rescatando su carácter voluntarista, sus elementos militares y sobre todo su fuerza revolucionaria como luchador popular. Es verdad que Acosta Saignes ve algunas limitaciones del Libertador propias de su clase, pero en su texto defiende cómo su liderazgo se inserta dentro de un proceso de cambio radical, una revolución, detrás de la cual se unían las luchas anticoloniales de reivindicación de los sectores populares.

Por todo lo anterior, es claro advertir cómo en el discurso de posesión Chávez insistió en asumir “la rebelión militar venezolana de 1992” como algo necesario e inevitable (Chávez, 2004, párr.12). Así buscaba glorificar su intento de golpe de Estado como restitución del orden perdido del verdadero *arkhé* nacional, un proyecto perfecto que asumía con nostalgia restaurativa, con ganas de imponerlo sobre la realidad decadente, y esa distancia o vacío era el motor deseante de su trabajo revolucionario: mantenía viva la fantasía de cambio. Por eso proclamaba, y aquí entra el elemento que nos recuerda ahora a Carl Schmitt, una “emergencia social” que se valdría en el artilugio retórico que utiliza, no para suspender las garantías, sino más bien para restituir las verdaderamente (2004, párr.54). Dicho de otra manera, la actual constitución y sus leyes, las mismas que lo llevan al poder

por el voto popular, eran ya inoperantes, pues no obedecían a las verdaderas leyes trascendentales de la revolución bolivariana que él sí seguía y venía a reponer o rehabilitar.

Luego propone lo que será la nueva función reivindicadora del militar, que tuvo un rol preponderante dentro de su alternativa de poder. Como dice él mismo, viene así “como comandante en jefe a impulsar un proceso de incorporación de los hombres y mujeres de uniforme de Venezuela a este proceso de emergencia y de recuperación social” (Chávez, 2004, párr.63). Frente a una situación de crisis, emergencia y decadencia, no sirven las reglas que vienen dándose en los poderes constituidos y por eso se hace necesario delegar en unas figuras morales el destino restaurativo de la verdadera república por-venir. Son entonces los oficiales y su cuerpo castrense los designados para recuperar los valores perdidos, para rescatar la democracia verdadera. La gran propuesta, que pareciera haber vislumbrado de Norberto Ceresole con su *Caudillo, ejército, pueblo: la Venezuela del comandante Chávez* (1999), quedaba clara:

Nuestros hermanos de Armas no pueden estar encerrados en cuarteles y en bases navales y en bases aéreas con la gran capacidad, con el gran activo humano, con la gran cantidad de recursos que están allí como desactivados, como si fuera otro mundo eso, separados de una realidad pasmosa, una realidad cruenta que clama por inyección de recurso, de moral, de disciplina. (Chávez, 2004, párr.64)

Era necesario abrirles las puertas a los militares, quienes por la profesionalización institucional permanecían cerrados en sus lugares de trabajo especializado, teniendo gran “activo humano” y grandes recursos. Son ellos quienes podían de verdad luchar contra la pobreza decadente; por eso habla, siguiendo las metáforas guerrilleras, de “operaciones de guerra contra la miseria”, de “librar la guerra contra las enfermedades”, de llevar a cabo una “batalla contra el atraso” (Chávez, 2004, párr.65). Su llamado busca suspender (y aquí volvemos al excepcionalismo) los roles y disciplinas dentro del Ejército, proveyéndole una misión especial, que no deja de ser redentora y totalizadora; también estudiantes, curas y líderes debían dejar sus especializaciones, sus profesiones, para unirse al destino común de rescate nacional¹⁰.

El nuevo llamado a una totalidad que entraba en una nueva guerra, la guerra contra la decadencia

y la pobreza, sigue obviamente a Bolívar y su proyecto emancipador. Así “para formar un gobierno estable”, dice, era necesario fundar “el espíritu nacional en un todo”. El alma nacional debía cerrarse en una sola forma orgánica junto con “el espíritu y el cuerpo de las leyes” (Chávez, 2004, párr. 66). El orden soberano debía ser uno, homogéneo, perfecto, sólido.

Si bien habla de unir, luego vemos cómo delimita ese espacio, generando un adentro y un afuera muy explícito. Por un lado, está su llamado a un consenso bueno, que es con aquellos que quieren el cambio a su manera; por otro, estaría un consenso malo, dado con aquellos que buscan otra vía distinta a la suya. Menciona así a los que lo critican, a los que se oponen a su proyecto constituyente, y a quienes lo siguen y quieren unirse. La circunscripción del afuera, de lo exterior, se desplaza inmediatamente a la constitución vigente, fundamento del pacto republicano de 1961. El reclamo sobre sus distintas limitaciones es constante, pues para él representa ese lugar pagano contra el cual busca posicionarse. Parte de esa retórica aspira, siguiendo a Ernesto Laclau, “construir discursivamente al enemigo” (Laclau, 2008, p.24), algo necesario para, desde ahí, unir las diferentes demandas de la población nacional, para ese entonces desencantadas del proceder político.

Es revelador cómo lo que excluye se reviste de metáforas mortuorias, de tropologías ominosas. Valora esa constitución –que, como se sabe, logró el único régimen de civiles en la historia republicana venezolana, por no hablar de sus avances en educación y salud públicas– como “moribunda”, tal como dictaminó en su juramento y tilda de nuevo en su alocución. Es un agente de desviaciones, problemas y restricciones, entre ellos, por cierto, el de prever un sentido de emergencia muy formal contra el cual se opondrá en esos juegos retóricos que vengo comentando.

Por eso vaticina que “va a morir para que nazca otra” (Chávez, 2004, párr.68). La recurrencia de las metáforas de muerte y nacimiento son frecuentes, así como las de deceso y ascenso, las que tipifican lo viejo de lo nuevo, lo emergente de lo decadente en esta retórica principista, en ese lenguaje que busca desarmar el orden constituyente dentro del mismo parlamento que lo sostiene.

Es claro que había un deseo *tabula rasa* de acabar con el estamento anterior de manera radical, sin ninguna consideración de la complejidad de sus

actores, legados, tradiciones, y con ello fundar un orden distinto que recuperara el proyecto inicial bolivariano. Al defender una idea de revolución que comulgaba con esta línea y sin dejar de lado elementos no muy bien digeridos del leninismo venezolano, deponía la fuerza de ley imperante, para ir poco a poco imponiendo la suya propia, la que él decidía como timonel del cambio, según sus propias palabras.

La historia que seguirá luego la conocemos bien. Al celebrar poco después su intento fallido de golpe de Estado y darle un carácter oficial e institucional, se hace más que evidente las operaciones retóricas y simbólicas de esa intervención ante el Congreso. Es el inicio de una nueva hegemonía, donde el protagonismo de los militares en todas las áreas de la sociedad será inevitable, pero también es la marca en la que se estampa su peculiar estilo de gobernar, donde se hará característico su acto performático de excepcionalismo débil sobre las instituciones y las leyes para seguir desactivándolas, suspendiéndolas, tensionándolas, junto con un proceso de reformas muchas veces impuestas bajo coacción o mecanismos populistas de engaño, sin obviar los falsos consensos en los que decidía de antemano los actores y opositores.

Que haya cambiado a una línea más radical, después del intento de golpe de Estado que le hicieron, es sin duda cierto, pero, revisando sus mensajes, por más que después se retraía con gestos de diálogo, era claro que tarde o temprano iba a venir una colisión¹¹; pues su proyecto, visto por algunos como improvisado o errático, tenía algo claro: confrontar las tradiciones del pasado moderno y sus preceptos democráticos. Gestos moderados como el de decir que apostaba por “la tercera vía”, por no hablar de las iniciativas hacia las comunidades indígenas y afro-venezolanas, no ensombrecían u ocultaban su reificación militarista, su crítica al pasado reciente. Por el contrario, en algunos casos lo justificaban: para él, criticar su manera de gobernar era también atacar las reivindicaciones sociales y culturales que buscaba, por más que uno que otro líder opositor las desdénara; también es bueno recordar que ya desde ese entonces en muchas ocasiones dijo que se iba a quedar gobernando hasta el 2021; posteriormente dirá que se quedará hasta el 2030. De modo que había suficientes elementos para saber por dónde iba. Y esa retórica oficial vino acompañada, vale agregar, de varios actos significativos, como la celebración de su propio golpe fallido de Estado, el

llamado al plan Bolívar 2000 y por supuesto el proceso constituyente.

Militares sociales

Hasta ahí llegamos con el análisis de su investidura y las consecuencias que acarreó. Ahora quisiera destacar otro elemento más general, que se hará más claro poco después y que bien caracterizará su práctica gubernamental. Me refiero a las implicaciones de esta alianza entre lo militar con el pueblo, que muy pocos intelectuales internacionales advirtieron y, en cuyo centro, giraban los presupuestos de su posición *arque-política*. Ello además se terminará de consolidar, gracias a su discurso restaurador, con actos que bien vale considerar como gestos proto-fascistas, tal como algunos de sus críticos venezolanos evidenciaron en su momento¹².

Pensemos en el obsesivo culto al líder, que siempre estuvo por encima del partido y la ideología, un punto ciego por cierto en la teoría de Ernesto Laclau, que terminará por justificar este rol de manera indirecta al ver como irremediable, o inevitable, un agente articulador, un líder, que pueda reunir en sus discursos las demandas particulares de los distintos grupos sociales. También en el militarismo promovido no sólo por la presencia creciente de estos grupos en cargos públicos, sino por su fascinación espectacularizada que se mostró en la devoción del Bolívar militar, en la organización de desfiles, marchas y actos masivos que, desde los tiempos del dictador Pérez Jiménez, nunca fueron tan frecuentes. De igual modo habría que añadir las inversiones cuantiosas que hubo de armamentos para esas fechas, o la intervención, tal como vimos en sus actos de posesión, del discurso público a partir de metáforas belicistas.

Tampoco habría que dejar de lado la espiritualización comunitaria en el uso tecnificado del mito del “árbol de las tres raíces” y del bolivarianismo, que buscaba sacralizar como nunca antes en Venezuela la política con propósitos propagandísticos. Este trabajo mítico se unía perfectamente al discurso polarizador de amigos contra enemigos y a la degradación del opositor, visto como “majunche”, “pitiyanki”, “escuálido” o “vende patria”. Sabemos que, dentro de la teoría populista de Ernesto Laclau, el antagonismo es constitutivo de lo político, y en eso su propuesta se vincula mucho a la de Carl Schmitt. Además de que es vital para conformar una cadena equivalencial que reúna

las demandas diversas de la población bajo la idea de un contrincante común, valiéndose de una dimensión existencial y afectiva, hecho que en Venezuela se tradujo en esa negación sistemática de los críticos y opositores del chavismo, cuya voz fue estigmatizada, vilipendiada y, luego, literalmente sancionada. Podemos mencionar otros elementos autocráticos más, como la reescritura histórica del pasado, algo que servía para la narrativa del poder antagonico en los términos laclauianos, el uso de grupos de choque y para-militares en una vertiente particular de institucionalización del “escuadrismo”, una alianza en sus primeros tiempos con grupos conservadores, tal como fueron los intelectuales llamados “Notables” y los grupos económicos de *El Nacional*, familias de apellido o banqueros de prestigio, y cierta animadversión a lo extranjero con algunos brotes anti-semitas¹³.

El punto que quisiera destacar, en todo caso, es cómo su estilo de gobernar convergía con tendencias que hemos visto por igual en otros líderes decisionistas, que jugaron con el Estado de Excepción para sus propios beneficios. Todo con el propósito de instaurar su propio proyecto de poder.

Lo paradójico de esta transformación propia de un nuevo estilo de gobernar es que la nueva Constitución, que fue clave para su proyecto, si bien proveyó nuevos derechos sociales y culturales, traicionados en la práctica, creó las condiciones para la perpetuación de este poder personalista, autoritario. No hablo del texto en sí, que al final en algunos aspectos fue un problema para el mismo Chávez, sino del proceso constituyente que generó, que logró ser usado por el personalismo del líder para ir escalando su performance revolucionario. Esto no lo vieron con la gravedad que amerita en su momento los intelectuales extranjeros, críticos del consenso de Washington, como muchos otros, por cierto.

En una entrevista del 2014 con Germán Martínez Martínez, Ernesto Laclau explica que antes de Chávez en Venezuela había “una marginalización enorme de muchos sectores de la población”, coincidiendo con el diagnóstico de Chávez que lo llevó al poder, y, para incorporar esas masas, era por lo visto necesario, irremediable, proveer nuevas formas de participación que debían “cristalizarse en algo, en un símbolo y evidentemente la figura de un líder cumple esa función simbólica” (2014, parr.15). Para entender esto mejor, es bueno ahora

detenerse en otros signos que desatendieron estos pensadores, como muchos otros en su momento.

Gobernanza y constituyente

Como sabemos, tanto la teoría de Ernesto Laclau como la de Tony Negri, desdeñan mucho analizar las prácticas gubernamentales, algo cercano, a su parecer, a una idea de lo político más tecnocrático, pero aquí es donde precisamente se nos presenta una dimensión relevante para entender lo que venía ocurriendo durante estos años en Venezuela. Por eso me interesa retomar el estudio etnográfico de la investigadora Paula Vásquez, que daba cuenta de las operaciones de poder del nuevo gobernante en sus primeros años. Al concentrarse en la manera cómo se gestionó la tragedia que sucedió en el Estado Vargas, justo cuando se consolidaba este proceso constituyente, Vásquez encontraba el carácter excepcional de las prácticas de gobernanza en ese estado de sitio que se decretó para atender a las víctimas.

Veía así emerger una forma de soberanía hasta ahora desconocida, la cual se valía de un recurso simbólico poderoso que contrariaba cualquier otra mediación institucional o legal: la necesidad de dignificar la población, asumiéndola de antemano como desasistida. Lo que pudiera ser visto como una nueva política del cuidado a la población, tenía detrás de sí algunos serios problemas con las figuras que autorizaba y legitimaba en la práctica. Bajo ese mecanismo de interpelación se configuraba una ciudadanía “a partir de la demanda particular de indemnización que le formulaban a la autoridad”. Este hecho entrañaba al mismo tiempo, y aquí está la dimensión perversa de este contrato social, la sujeción a la “buena voluntad del soberano” (Vásquez, 2009, p.23).

Efectivamente la gestión de la crisis que vio durante la conocida tragedia, cuya cifra de muertes todavía no se conocen del todo, le sirvió para entrever una práctica modélica o paradigmática, podríamos decir, para mostrar la naturaleza del tipo de dominio que vendría después, y que la historia en ese sentido le dio lamentablemente toda la razón a Vásquez. Hablo en ese sentido del experimento de la gobernanza chavista, de su particular praxis biopolítica desde una lógica que reintroducía un contrato de dependencia pastoral entre gobernados y gobernantes.

Me detengo en señalar esto con cuidado. La noción de paradigma, comúnmente se le asocia a

la idea de modelo o marco. Ciertamente podríamos partir de ahí para entender lo que nos propone Vásquez sobre la gestión chavista, pero creo que la propuesta que nos ofrece el mismo Giorgio Agamben en su texto *Signatura Rerum* (2013) sirve para entender otro horizonte más esclarecedor.

El filósofo italiano ve, en efecto, un elemento singular que abre un espacio de inteligibilidad desde su valor como ejemplo. Bien podríamos considerar que este caso especial que apunta Vásquez evidencia la gobernanza chavista. Lo que presencié en su estudio de la gestión inicial sobre la catástrofe de Vargas por parte del Gobierno partió efectivamente de la construcción de una idea de pueblo desasistido, exagerando, como vimos, hasta las cifras mismas de pobreza de la época, para justificar la necesidad de naturalizar el ejercicio político por encima de la ley, para validarlo como nunca antes. Desde ese entonces se hizo habitual violentar algunas reglas que, si bien contaron con la resistencia de la sociedad, no dejaron en algunas ocasiones de ser avaladas por muchos actores de la época por razones “humanitarias”. Los primeros programas sociales, como el Plan Bolívar 200 y luego las Misiones, son quizás los mejores ejemplos. Esta combinación entre una totalización de la sociedad en estado de pauperización absoluta, que necesita a su vez de un líder paternal que la proteja y la salve de su situación, generó un modelo que la misma Vásquez en otro texto llamó “militarismo compasional”¹⁴, es decir, una forma excepcionalista de régimen militar que descansaba bajo el contrato directo, sin mediadores, entre el líder militar y el pueblo.

Gracias a ello se cuestionó por entero la autoridad de los organismos civiles para justificar la labor militar misma dentro de esta nueva gobernanza, lo que generó un doble movimiento de necesidad: si inicialmente sustituían a otros tipos de expertos para lidiar con los problemas prácticos de la población, luego, por su falta de conocimiento, irrumpían para imponer orden sobre el desorden que ellos mismos creaban. Círculo vicioso desde el cual se imponía ahora el decisionismo por accidentes autogenerados, justificando gobernar entonces por decreto y de manera excepcional.

Pero hay más. En otro reconocido trabajo de Giorgio Agamben, *Stato di Eccezione: Homo sacer II,1* (2003), reintroducía el concepto de estado de excepción de Carl Schmitt. Su argumento para ese entonces era advertir los peligros que llevaba la

lucha contra el terrorismo, producto de los ataques de las Torres Gemelas. Según él, era parte de una tendencia biopolítica que se imponía en el mundo globalizado. Si bien relativizaba la noción de Schmitt, no dejaba de hacer un llamado de atención de una posible y peligrosa tendencia en las democracias occidentales en esa guerra contra el terror. Vásquez, al leerlo a contrapelo, no dejó de evidenciar cómo algunos de sus presupuestos terminaron cumpliéndose bajo otro motivo en Venezuela, sobre todo después del intento de golpe de Estado por parte de algunos sectores adversos al chavismo, aunque es bueno advertir que la construcción de un enemigo ya estaba en los discursos de este período cuando el Gobierno empezó a mostrar más fuerza. Sin embargo, lo que nos propone Vásquez es que su genealogía estaba claramente definida en el nuevo modelo militarista. Ahí estaba la base de su estilo de gobernar.

Sería más que ingenuo pensar que las actuales desapariciones y usos del estado de excepción de Nicolás Maduro son producto singular de su mala gestión, cuando sabemos que para ese entonces ya se estaba regularizando como práctica; recordemos cómo la misma Liliana Ortega había dicho que los abusos “cometidos luego de la Tragedia marcan la aparición en Venezuela de una nueva forma de violencia policial y parapolicial, la redada destinada a hacer ‘limpieza social’” (Vásquez, 2009, p. 90). ¿Y no es la misma que se ha extendido después para masacrar las poblaciones pobres, tan bien estudiadas por Keymer Ávila, Verónica Zubillaga o el grupo de trabajo que está detrás de Provea? El soberano paternal y compasional, sin instancias de mediación ni revisión de sus prácticas, era quien al final decidía sobre la vida y la muerte de su población.

Constituyentismo

Ahora pasemos al proceso constituyente, un proceso fundamental para la instauración del poder revolucionario. Es curioso que, siendo un trabajo que se enorgulleció todo el tiempo de ser auténticamente soberano, contó con las asesorías de muchos intelectuales extranjeros. Por un lado, estaba Tony Negri, quien hasta estuvo en el país y vio con interés estos primeros años. Por otro lado, estaba la asesoría extranjera de los constitucionalistas españoles Roberto Viciano Pastor y Rubén

Martínez Dalmau, quienes colaboraron de distintas maneras en este proceso de asunción de poder.

Aquí me detengo brevemente en el caso de Antoni Negri. Si bien hubo una decepción posterior, y algunos elementos de su teoría pudieran mostrar ciertas distancias con lo que sucedió en Venezuela, es bueno tomar en cuenta algunos elementos. Como sabemos, a partir de su experiencia en Francia, y gracias a las lecturas de Foucault y Deleuze, entre muchos otros, reformula su investigación en la propuesta novedosa de su libro *Imperio* (2000), escrito junto a Michael Hardt, que va a recoger algunos aspectos de lo que ya había trabajado en su libro *El poder constituyente: ensayo sobre las alternativas de la modernidad* (1994), trabajo que se dio en ese período y donde atiende propuestas del pensamiento postfundacional que no sólo buscaba repensar el estatuto del trabajo en las sociedades posindustriales, sino un cuestionamiento de las nociones tradicionales de soberanía y de pueblo.

Se sabe de su interés por el proceso venezolano desde temprano, cuando al parecer gente cercana a Chávez, y Chávez mismo, lo citaban, incluso para pensar el modelo de cambio constituyente que se quería hacer. Sus teorías proveyeron justificaciones para imponer el excepcionalismo débil, sobre todo en la pretensión de tomar el poder todavía con resabios leninistas. El desplazamiento estratégico de lo soberano a la potencia de la multitud de su pensamiento, que para él es un sujeto heterogéneo, convulso, y sus demandas de lo común en su teoría constitucionalista, sirvieron para validar en su momento el nuevo paradigma militarista. A diferencia del caso de Laclau, cuya apuesta populista mostraba coincidencias para entender el estilo performático del líder, la propuesta de Negri sirvió para fomentar un proceso de cambio constitucional bien concreto que guardaba en su seno serios problemas.

Que después se haya distanciado del movimiento, no deja de mostrar una problematicidad en su teoría que quizás no pudo ayudar a ver lo que venía dándose en Venezuela, pues, al fetichizar la excepcionalidad en las rebeliones sociales, mostraba un punto ciego para historiar sus móviles, sus formas de ruptura, sus estilos, sus violencias y sobre todo sus apropiaciones simbólicas y políticas que fueron usadas desde el principio por Chávez¹⁵.

De esa manera fue fácil en Venezuela legitimar los errores y contradicciones del avance chavista, siguiendo la reconstrucción narrativa falaz que se hizo de la rebelión del 27 de febrero de 1989 como

parte del momento fundacional que unía ese levantamiento épico del pueblo contra sus élites como una manera de volver al proyecto inconcluso de emancipación bolivariana. Esa construcción mitológica le sirvió para justificar este *arkhé* originario, gracias al cual, por otro lado, se justificó el contrato reaccionario hacia la dependencia del líder patriarcal, conductor de la masa.

Lo que lo traicionó, a mi modo de ver, fue el presupuesto global, universalista, de su teoría misma. Lo que fue en realidad un avance radical del soberanismo militarista de corte bolivariano, Negri lo vio, desde una mirada extranjera, como una oportunidad de transformación del Estado para que el sujeto de la multitud contraviniera la hegemonía capitalista. Desde un formalismo letrado, oculto detrás de una idea de emancipación del nuevo sujeto político y en donde supuestamente se reivindicaban importantes derechos sociales y culturales, se obviaba las operaciones de toma de poder que se estaban ejerciendo en el momento y el peligro de asignarle un liderazgo extraconstitucional a Chávez como parte de un empoderamiento del militar como sujeto de vanguardia salvacionista. Ya el constitucionalista Roberto Gargarella (2015) nos había prevenido de estos cambios, cuando, al analizar algunos aspectos de las nuevas constituciones latinoamericanas, notaba que en sus “rasgos más básicos, la vieja estructura de poderes se mantuvo cómoda con los cambios introducidos” (Gargarella, 2015, párr. 6)¹⁶. Y eso se dio de manera más evidente en Venezuela con el empoderamiento de la figura presidencial, del ejecutivo, su fuerza mítico-revolucionaria como guía del proceso en su dimensión performática, y en las maniobras para imponerse para desplazar la asamblea, imponiendo desde la estrategia populista de polarización una nueva hegemonía, al estilo que proveía Ernesto Laclau y que al final terminó siendo un mecanismo de propaganda.

Las tretas fueron varias en el proceso constituyente para, desde este excepcionalismo débil, minar el poder. Cito sólo algunas. Por un lado, se hizo un referendo consultivo no previsto en las normas legales vigentes; a pesar de las críticas con argumentos de peso, la Corte Suprema de Justicia, presidida por la magistrada Cecilia Sosa, estuvo de acuerdo y aceptó esta consulta al poder originario. Por otro, los integrantes de la Asamblea Nacional Constituyente, que fueron elegidos el 25 de julio de 1999, se valieron de un mecanismo populista de cooptación que limitó profundamente la plurali-

dad del evento y enmarcó su dependencia al gran líder, con lo que se llamó el “Kino de Chávez”, siguiendo la fórmula de la lotería para que votaran en bloque por los candidatos del partido de gobierno, aunque no se conocieran bien quiénes eran y cuáles eran sus propuestas. Las alternativas valían en su adhesión al Comandante, quien gozaba de popularidad en esos momentos. Recordemos también que se dio bajo una elección uninominal donde al final se logró que el 96 por ciento de los constituyentes fuesen seguidores del presidente. Además de comandar el mismo proceso como vocero y muchas veces actor principal de todo, este generó que ganaran 124 estrados de un total de 131, a pesar de que obtuvieran un 62,1 por ciento de los votos. Producto de lo anterior, la nueva Asamblea sólo tardó tres meses en desarrollar el texto constitucional con muy poca deliberación pública, ya que la versión final del mismo se presentó apenas dos días antes del referendo.

Mucho antes de todo eso ya se había reorganizado el Estado a través de un nuevo orden jurídico, que limitaba las funciones del actual, con varios decretos que se dieron (como el del 12 de agosto del 1999 que reafirmaba la potestad del organismo de intervenir las instituciones, el del 19 del mismo mes y año que declaró en “emergencia” al poder judicial, o los del 24 y 30 que logra intervenir el Congreso por una Comisión legislativa)¹⁷. Gracias a este proceso se pudo proponer la reelección inmediata para que el líder pudiera mantenerse en el poder, y eliminar el senado, que era la institución que controlaba los ascensos militares, dándole terreno libre para esa decisión al presidente, comandante en jefe, quien desde ese entonces pudo ir armando su propio perfil de militares leales a su causa y a sus intereses¹⁸. Además, con el artículo 328 de la nueva constitución del 1999, la Fuerza Armada pasaba a ser un solo ente y, si bien seguía siendo apolítica, se eliminaba su carácter no deliberante, con lo cual se abrían las puertas para usarla de forma propagandística, siguiendo el protagonismo que debía tener en su nuevo proyecto revolucionario.

Si vemos ello en relación con la cantidad de decretos y leyes habilitantes que usó para tomar poder, con actos performáticos donde muchas veces el líder presidencial se ponía por encima de la ley y donde hablaba de la nueva constitución como “bicha”, no es difícil pensar lo que iba a hacer luego el 2007 cuando esta no le serviría para sus fines, y

lo que haría después Nicolás Maduro en el 2017 al proponer una nueva Asamblea Constituyente.

Como se sabe, hay una dimensión teatral en todo proceso soberano, donde los rituales, exhibiciones y liturgias son muy relevantes para actualizar el contrato simbólico con el ciudadano, de modo que si estos eran violados y sustituidos por otros era porque no sólo se quería afectar las fuentes de la legitimidad institucional, sino instaurar un tipo de autoridad distinto. Por supuesto muchas cosas han pasado desde esos tiempos hasta ahora, pero lo importante es ver el perfil de una práctica recurrente y de unos imaginarios que justificaban ese proceder desde unos horizontes que estuvieron claros en su momento.

Tanto en Negri como en Laclau, pensadores claves para la renovación postfundacional de la teoría crítica y la izquierda extrema, coincidieron en avalar sin mucha cautela por un tiempo un proceso de toma de poder con pretensiones ontológicas. Si uno sirvió como modelo para justificar el proceso constituyente que terminó de suspender los poderes reinantes y abrir un camino para que lo liderara el patriarca soberano, el otro sirvió de modelo para una práctica política que procuraba en todo momento desactivar los mecanismos de la ley y sus prácticas institucionales. Desde una mirada internacionalista (Negri) o latinoamericanista (Laclau) ambos renegaron de la historicidad misma del contexto nacional, en una pretensión que guarda una lógica colonial o imperial al proyectar sus propios lugares de enunciación en sus maneras de analizar y entender otras localidades. En ese sentido se convirtieron en cómplices de un conjunto de eventos que deificaron la figura militar, la dependencia a un poder pastoral y patriarcal y al desmantelamiento progresivo de unas instituciones que, con sus problemas, fueron las que construyeron la Venezuela moderna, la educación y salud pública, así como la cultura política de civiles como presidentes, con alternancia en el poder y respeto a la diferencia.

Por otro lado, no deja de llamar la atención el carácter híbrido que hubo y hay en esta práctica política que ya evidenciaba claros elementos dilemáticos: un imaginario totalizante y hasta proto-fascista, un performance autocrático que suspendía la ley y las críticas, un nuevo orden militarista desde una concepción cerrada de soberanía nacional. En contraposición, ciertos intelectuales, quienes fueron luego muy lúcidos en advertir ele-

mentos autoritarios y decisionistas del avance de las nuevas derechas, no lo hicieron en su momento con Venezuela y hasta lo convalidaron; todavía el filósofo exposmoderno Gianni Vattimo recordaba a Chávez desde la fuerza de su ejemplo, como “un modelo de democracia de base que Europa debería mirar con más atención” (Vattimo, 2020, párr.8).

Al final sirvieron estas posturas para alabar lo que vio el politólogo Juan Carlos Rey muy bien como “decisionismo voluntarista”, donde el poder constituyente originario se reconocía en tanto servía a su propio proyecto político, producto de su visión revolucionaria (Rey, 2017, p.43). Por eso lo que hizo Nicolás Maduro con su nueva constituyente inconsulta no fue sino producto del declive del apoyo popular del régimen, que vendría por la crisis del aparato clientelar montado sobre el dinero petrolero, y que trató de recuperar “inteniendo desarrollar (...) un proyecto constitucional que se inscribe en la misma línea, aunque mucho más radical” (Rey, 2017, p. 39).

Referencias

- Agamben, G. (2004). *Estado de excepción*. Trad. Flavia Costa e Ivana Costa. Córdoba: Adriana Hidalgo.
- _____. (2013). *Signatura Rerum: sobre el método*. Trad. Flavia Costa y Mercedes Ruvituso. Anagrama.
- Caballero, M. (2006). *Por qué no soy bolivariano: Una rebelión antipatriótica*. Alfadil.
- Castro Leiva, L. (2005). *Obras Completas: Pensar a Bolívar*, (vol. 1). Fundación Polar.
- Chávez, H. (2004, 02 de agosto). “Hugo Chávez: Discurso de toma de posesión presidencial”. En *Democracia sur: ciudadanía, democracia y política para las alternativas al desarrollo en América Latina*. <https://democraciasur.com/2004/08/02/hugo-chavez-discurso-de-toma-de-posesion-presidencial/>
- _____. (2013). *El libro Azul*. Ediciones Correo del Orinoco.
- Gargarella, R. (2015). Sobre la ‘sala de máquinas’ de las constituciones latinoamericanas. *Nueva sociedad*, 258. <https://nuso.org/articulo/la-sala-de-maquinas-de-las-constituciones-latinoamericanas/>
- _____. (2021, 23 de diciembre). Nuestras instituciones responden a modelos que

hoy en día repudiaríamos. *Clarín*. https://www.clarin.com/revista-enie/ideas/-instituciones-responden-ideas-hoy-repudiaríamos-_o_YpkRJKm5M.html

Laclau, E. y Chantal M. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI.

_____. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.

_____. (2006). Por qué construir un pueblo es la principal tarea de una política radical. *Cuadernos del Cendes*, 23 (62), 1-36.

_____. (1998). Muerte y resurrección de la teoría de la ideología. En R. N. Buenfil (eds.), *Debates políticos contemporáneos: En los márgenes de la modernidad* (pp. 75-99). Plaza y Valdés.

Leal Curiel, C. (2021). La transmisión del poder: la construcción de la democracia en Venezuela a través de sus juras. En Edgardo Mondolfi [coord.], *La política en el siglo XX venezolano* (pp. 45-68). Fundación de la Cultura Urbana.

Lenin, V. (1976). *La Revolución proletaria y el rengado Kautsky*. Editorial Roca.

Martínez, G. (2014, 23 de noviembre). El populismo y la izquierda latinoamericana: Entrevista con Ernesto Laclau. *Nexos*. <https://www.nexos.com.mx/?p=23342>

Negri, A. (2015). *El poder constituyente*. Trad. Simona Frabotta y Raúl Sánchez Cedillo. SENESCYT.

Rey, J. C. (2017). “La Constitución sirve para todo”. En A. R. Brewer Carías y C. García Soto (comp.), *Estudios sobre la Asamblea Nacional Constituyente y su inconstitucional convocatoria en 2017* (pp. 36-77). Editorial Jurídica Venezolana.

Sánchez, R. y Lomnitz C. (2009, 1 de agosto). Antisemitismo bolivariano. *Nexos* <https://www.nexos.com.mx/?p=13241>

Sila-Ferrer, M. (2014). *El cuerpo dócil de la cultura: Poder, cultura y comunicación en la Venezuela de Chávez*. Iberoamericana Vervuert.

Vattimo, G. (2020, 13 de abril). He aquí por qué Chávez me ha fascinado. *La Stampa*. <https://psicologiagrupal.cl/temas-de-actualidad-he-aqui-por-que-chavez-me-ha-fascinado-gianni-vattimo-diario-la-stampa/>

Vásquez, M. (2018). Populismo, excepcionalidad y clientelismo de Estado: desplazamientos y rupturas en la Venezuela del siglo XXI. *Studia Iberica et Americana*, 159-174.

Vásquez, P. (2009). *Poder y catástrofe: Venezuela bajo la tragedia de 1999*. Taurus.

Notas

- ¹ Coincidiría con la noción de “excepcionalismo constituyente” de Miguel Vásquez, en cuanto a ser un proceso de ruptura constante de la ley que se normaliza gracias a la debilidad institucional del país y a su tradición autocrática, aunque el modelo que abrió el Pacto de Puntofijo con gobiernos civiles durante cuarenta años rompe con algunos elementos de esta tradición (2018, p.163). La diferencia, en todo caso, estaría en que no descartaría las prácticas concretas del performance del líder y su manera de justificarlas, pues desde ahí se va minando la autoridad de la ley, independientemente de que después ello acarree efectos más graves o visibles.
- ² La noción de pensamiento posfundacional se desprende del trabajo de Oliver Marchart *El pensamiento político posfundacional: la diferencia política en Nancy, Lefort, Badiu y Laclau* (2009). Por otro lado, la noción de arque-política la tomo del libro de Jacques Rancière *El desacuerdo* (1996).
- ³ Hago referencia al trabajo de Keymer Ávila “Estado de excepción y necropolítica como marco de los operativos policiales en Venezuela”, o el texto en conjunto “Cuando la excepción se convierte en la norma: la crisis como experiencia cotidiana en Venezuela” en el que se afirma: “Tras perder el control de la Asamblea nacional en 2015, Nicolás Maduro y el oficialismo han gobernado el país a través de un estado de excepción ininterrumpido, reprimiendo la disidencia y la protesta a su antojo y cercenando cada vez más el pluralismo político” (2021, p.9)
- ⁴ La noción de fuerza de ley está muy bien trabajada por Jacques Derrida en sus textos sobre Walter Benjamin y su seminario *La bestia y el soberano* (2010).
- ⁵ Se habla más bien 50 o 55 por ciento de pobreza antes de Chávez. Para revisar eso y las representaciones de la pobreza en el discurso de Chávez recomiendo el trabajo “La pobreza en el discurso del presidente de Venezuela, Hugo Chávez Frías” de Mariluz Domínguez. También está el trabajo de Paula Vásquez “Cuando se consume el cuerpo del pueblo”, publicado en la *Revista Iberoamericana*, 2019.
- ⁶ La noción obviamente nos remite a la propuesta de Trotski, autor que no fue un fundamento claro en Chávez en sus inicios. Hanna Arendt nos aclara otra noción, la de la revolución permanente, que fue usada por Proudhon, la cual sostiene que nunca ha habido varias revoluciones, sino siempre una

“idéntica a sí misma y perpetua” (*Sobre la Revolución*, 68). A mi juicio, tiene que ver más con la noción de “historicismo bolivariano” de Luis Castro Leiva, en la que se constituyó un relato soberano de la independencia como un proceso permanente a lo largo de la historia.

- 7 Chávez se valía de una constante reelaboración de un historicismo vulgar para avanzar en su proceso de cambios. La reescritura histórica era constante y de esa forma se convertía en una especie de archivo vivo que iba decidiendo lo sagrado y lo profano del pasado y el presente. Sobre el historicismo político bolivariano se pueden revisar los trabajos de Luis Castro Leiva, quien lo definirá como “la religión cívica de una moralidad imposible de alcanzar sino a través de un proceso de revolución permanente” (2005, p. 315)
- 8 Los trabajos de Aveledo “Los fundamentos ideológicos del sistema político chavista” y Alberto Garrido, textos como *La historia secreta de la revolución bolivariana* (2013) y *Guerrilla y revolución bolivariana: documentos* (2003). También están desde luego los trabajos de Margarita López Maya, David Smilde o Rafael Uzcátegui.
- 10 Recordemos que la creación del Estado moderno venezolano con Gómez y Castro consistió precisamente en la profesionalización del ejército que ayudó a neutralizar las insurrecciones caudillistas, algo que creó las condiciones de emergencia para el desarrollo de los gobiernos civiles y democráticos que vinieron después. Pero aquí la emergencia social era un llamado mayor que suspende no sólo la organización del tejido social, de sus experticias, autonomías, disciplinas, prácticas, sino de las propias lecciones de la historia del pasado reciente venezolano.
- 11 Mucha gente olvida que las protestas que desafortunadamente devinieron en el golpe de Estado del 2012 partieron de su interés de tomar la industria petrolera, que era del Estado pero operaba de forma autónoma. Muchas personas sabían que, una vez que controlara directamente su caja, sin entidades que revisaran sus usos, iba a tener un gran poder económico para avanzar en su proyecto autoritario.
- 12 Pienso concretamente en Manuel Caballero, quien valiéndose de las caracterizaciones de Umberto Eco sobre lo que llamó “fascismo eterno” o “Ur-fascismo”, verá algunas coincidencias con el estilo de gobernar del presidente. Lo hizo en varios de sus artículos escritor para *El Nacional*, pero también desarrolla algunas de estas comparaciones y críticas en su libro *Por qué no soy bolivariano* (2006).
- 13 Si bien Chávez había legalizado a varios extranjeros, para muchos se debió por propósitos electorales. Sin embargo, ya con Maduro cierta xenofobia se hizo más clara, cuando expulsó del país a varios colombianos, promoviendo claros brotes de xenofobia al acusarlos de “bachaqueros”. Sobre el antisemitismo de Chávez, se puede revisar la investigación de Rafael Sánchez y Claudio Lomnitz “Antisemitismo bolivariano” en *Nexos*, 2009.
- 14 Hablo del libro publicado en francés *Le chavisme: un militarisme compassionnel* (El chavismo, un militarismo compasivo) por Éditions de la Maison des sciences de l’Homme, París 2014.
- 15 Contradictoriamente habla de estos momentos, como momentos de “condensación intensiva de historicidad”, pero en la práctica a la hora de ver y valorar su accionar se impone la discontinuidad, la fuerza creativa potencial y virtual que propaga y por lo visto la historicidad sede a la “condensación intensiva”.
- 16 La crítica la desarrolla Gargarella con más detenimiento en su libro *La sala de máquinas de la Constitución: dos siglos de constitucionalismo en América Latina (1810-2010)*. Al hablar de las nuevas constituciones notó que, si bien expandieron los derechos de las minorías, “se mantuvo cerrada la puerta de la sala de máquinas, o sea, toda la organización del poder sigue estando modelada a la luz del siglo XVIII y XIX” (2021, parr13)
- 17 Como bien nos recuerda Manuel Silva-Ferrer de una declaración de Ricardo Combellas, actor de la Asamblea Nacional Constituyente “Chávez apeló a su liderazgo para imponer algunos puntos de vista; entre ellos: la autonomización de las Fuerzas Armadas y su nuevo carácter beligerante; y la ampliación de los poderes del Ejecutivo, en desmedro de otras ramas del poder público. Pero sobre todo, hizo valer toda su influencia para ampliar el período presidencial a seis años y establecer la reelección consecutiva (...); así como para cambiar el nombre del país a República Bolivariana de Venezuela, estableciendo oficialmente —como veremos más adelante— la “doctrina bolivariana” como patrón moral de la nación. (En Silva-Ferrer, p.89)
- 18 Creo que estos elementos se distancian mucho de los procesos constituyentes ocurridos en otros países. La diferencia es de hecho notable con el reciente proceso constituyente chileno, donde no encontramos el elemento militar o la dependencia de un líder carismático, por no hablar de los contrastes entre el discurso de toma de posesión de Chávez con el de Gabriel Boric.